

El Gran Dragón Escarlata

Por J. Marcellus Kik

Este escrito corresponde al capítulo cuatro del libro ***La Iglesia y el Estado***, por el mismo autor.

El libro de Apocalipsis describe un gran dragón escarlata, con siete cabezas y diez cuernos, en conflicto con el Cordero. ¡Qué simbolismo más apropiado para describir la batalla aparentemente desigual entre el paganismo y el Cristianismo durante los primeros tres siglos! Roma, el imperio más poderoso de los tiempos antiguos, tomó la determinación de aniquilar a la indefensa Iglesia Cristiana. La espada del César destruiría a la Cruz. El dragón consumiría al Cordero.

¿Qué había producido tal giro en los acontecimientos? ¿Qué estaba causando que ahora Roma persiguiera a la Iglesia que había gozado de su protección durante las pasadas décadas?

Roma, en primer lugar, no entendía la verdadera naturaleza del Cristianismo, así que lo confundía con el Judaísmo. Roma tenía su propia religión, sus propios dioses; pero tenía la práctica de tolerar el ejercicio local de las religiones de las naciones conquistadas, entre ellas la de los Judíos. La religión Judía había sido decretada como una *religio licita*, una religión tolerada. Sin embargo, esta tolerancia Romana no permitía que una religión hiciera proselitismo entre los ciudadanos Romanos. El Judaísmo, en lo general, se apegaba a esta prohibición y no hacía ningún esfuerzo importante por convertir a los Romanos.

Este hecho era reconocido tanto por Roma como por el Judaísmo y, aún cuando este último era odiado por su afirmación de tener la verdad exclusiva, era protegido por la ley Romana. El Cristianismo, en su nacimiento e infancia, era confundido por los Romanos con la religión Judía y así también recibió protección como una *religio licita*, una religión tolerada.

Pero este clima amigable pronto iba a enfriarse. Poco a poco, pero inevitablemente, Roma fue comprendiendo que el Cristianismo, a diferencia de las religiones nacionales, tales como el Judaísmo, afirmaba ser la única fe verdadera y universal y que esta nueva fe era muy rápida haciendo conversos en todos los rincones más remotos del Imperio Romano. La Cruz atraía a muchos más Griegos y Romanos que los Judíos, y estos conversos formaban sociedades en cada población, provincia y nación en el Imperio – sociedades con el propósito declarado de adorar a Cristo el Rey. La lealtad a este Señor era tan fuerte, y de hecho era más fuerte, que la lealtad al César – los seguidores de este Cristo estaban dispuestos a morir por Él, así como los Romanos estaban dispuestos a morir por el César. Todo esto convenció a Roma de que estaban por venir cosas extrañas. Un imperio extraño y poderoso estaba creciendo en medio suyo y una cosa que Roma ni deseaba ni toleraría era un *imperium in imperio*. ¡Nada de ese asunto de un reino dentro de un reino para ellos!

En general, el crecimiento del Cristianismo fueron noticias poco gratas para los Romanos, por decir lo menos, pues el trono del César descansaba sobre el altar de la idolatría. Aunque Roma toleraba otras religiones diferentes a la propia, su religión estatal era considerada suprema y era usada como herramienta de política imperial. El César era el supremo sacerdote

esta religión del estado, el Sumo Pontífice, y como tal, César afirmaba soberanía no solo sobre los cuerpos de los hombres sino también sobre sus almas. Algunos de los Césares fueron incluso más allá, afirmaron su propia divinidad y demandaron adoración para ellos mismos sobre esa base. Ahora, el Cristianismo, la nueva religión, también ponía en peligro la religión del estado y no toleraba la afirmación del César de ser el Sumo Pontífice. Poco a poco Roma se fue dando cuenta de la amenaza que el Cristianismo representaba para el paganismo con el que se entrecruzaba su posición política.

El conflicto entre Roma y el Cristianismo llegó a un punto crítico sobre el asunto de la adoración al emperador. Reconociendo *un solo* Señor, el Cristiano fiel a duras penas podría adorar al César también como Señor. Los Romanos, quienes adoraban muchos dioses, no podían entender esta actitud. Incluso la interpretaban como una actitud de sublevación y anarquía, como se ilustra en el martirio de Policarpo.

Aquel robusto Cristiano no cedió terreno cuando, después de su arresto, el capitán de la policía le preguntó, “¿Pero qué, qué de malo hay en decir César es Señor, y ofrecer incienso y salvarse a sí mismo?” Policarpo declaró su razón para rehusarse a hacerlo. Una vez más, cuando más tarde el procónsul le ordenó, “Jura por el genio del César; arrepíentete y di, ‘Fuera con los ateos; injurio al Cristo,’” Policarpo respondió, “Durante ochenta y seis años he sido Su siervo y no me ha hecho ningún mal. ¿Cómo entonces puedo blasfemar de mi Rey quien me salvó?” Después de esto fue atado a una estaca y quemado – sus valientes palabras habían sellado su suerte.¹

Había otros puntos donde el Cristianismo entró en conflicto con el paganismo. La simplicidad de la adoración Cristiana, con su ausencia de altares e imágenes, hizo que los paganos acusaran a los Cristianos de ser incrédulo, y la multitud levantaba frecuentes clamores de ‘Fuera con los ateos’ en contra de ellos. La pureza de vida entre las comunidades Cristianas era otro punto en discusión – se contrastaba agudamente con la vida disoluta de los paganos, y esto provocaba antagonismo y odio. Los Cristianos a menudo hallaban imposible servir en el ejército Romano debido a que este servicio *per se* implicaba adoración al emperador. Las masas malinterpretaban todo esto, y ellos también, como los Césares, se levantaron contra los seguidores de Cristo.

Los Diez Cuernos de la Persecución

Muchos historiadores reconocen diez grandes persecuciones que se conforman a los diez cuernos del gran dragón escarlata del libro de Apocalipsis. Se dice que estas persecuciones sucedieron bajo Nerón, Domiciano, Trajano, Marco Aurelio, Séptimo Severo, Maximino, Decio, Valeriano, Aurelio y Diocleciano. Los sufrimientos involucrados bajo cada gobierno no fueron todos iguales en intensidad, pero todos fueron lo suficientemente severos como para ser notables. La historia no registra una batalla más larga y más amarga que la de los Césares en contra de los seguidores del Cordero.

La persecución Romana comenzó a mayor escala con Nerón, cuyo nombre ha llegado a ser un símbolo de cruel tiranía. El 19 de Julio del 64 d.C. comenzó en Roma un terrible incendio, que ardió furiosamente por seis días y siete noches y dejó en ruinas la mayor parte de la ciudad. Tanto sus contemporáneos como los historiadores futuros han sido unánimes en

¹ *Martyrium Polycarpi*, preservado por Eusebio, *Historia Eclesiástica*, IV, 15.

atribuirle este incendio a Nerón, quien trató de desviar las sospechas sobre sí mismo colocando la culpa sobre los Cristianos e inmediatamente ordenó que fueran enviados a la muerte. Algunos fueron crucificados; algunos fueron cocidos a las pieles de animales salvajes y desgarrados en pedazos por perros salvajes; algunos fueron embadurnados de brea y fueron quemados en las noches para que sirvieran como antorchas. Esta persecución fue una espada de dos filos. Aunque incitada por Nerón para desviar las sospechas sobre sí mismo, tuvo el efecto de publicitar el Cristianismo como una religión sin licencia y a sus miembros como aborrecedores de la raza humana, y en lo sucesivo llegó a ser una práctica popular el echarle la culpa a los Cristianos de las calamidades locales y nacionales.

La segunda oleada de persecución llegó durante el reinado de Domiciano (81 – 96 d.C.), quien gradualmente asumió sobre sí mismo poderes despóticos y demandó que se le diera adoración pública como *Dominus et Deus*. Los Cristianos se rehusaron a adorarlo, y como resultado sufrieron el martirio. Al oír que los Judíos esperaban un Mesías de la casa de David, el Emperador – en su celo demente – proclamó un edicto de que todos los descendientes de David fuesen destruidos. También se enteró de que dos parientes de Cristo, a quien adoraban los Cristianos, estaban viviendo en Palestina, y los mandó a llamar para que comparecieran ante él en Roma. Eran nietos de Judas, “el hermano del Señor.” Ellos reconocieron su ascendencia de la casa real, y su relación con el Mesías; pero explicaron que el Reino que esperaban era puramente espiritual y que comenzaría únicamente al final de mundo. Eran campesinos con manos callosas – y su simplicidad y pobreza convencieron por fin a Domiciano de que eran inofensivos, y los dejó ir.

Los Cristianos no solamente sufrieron persecución bajo los tiranos sino también bajo emperadores que fueron conocidos por ser tanto sabios como humanos, tal como el Emperador Trajano, quien reinó del 98 al 117 d.C. Su actitud hacia el Cristianismo se revela en su correspondencia con Plinio, el gobernador Romano de Bitinia. En esa provincia Plinio descubrió a la nueva fe diseminándose tan rápidamente que los templos paganos estaban siendo desechados y los animales para los sacrificios no se estaban vendiendo. Plinio envió a algunos Cristianos, mujeres entre ellos, a la tortura con el objetivo de determinar la verdad de las acusaciones presentadas contra ellos por las hordas paganas, sin embargo, no pudo detectar nada adicional excepto que eran “culpables de supersticiones extravagantes.” Descubrió que tenían una costumbre de reunirse y cantarle himnos a Cristo como Dios y que se hallaban bajo una obligación mutua de no cometer robo, asalto, adulterio o fraude. Pero se rehusaban adorar a las estatuas de los dioses y del emperador por igual, y tampoco injuriarían a Cristo.

Los descubrimientos de ese sondeo era un asunto de sumo interés para Plinio y no perdió tiempo en decretar la muerte para aquellos que se rehusaran a obedecer sus órdenes.

Deseando la aprobación imperial por sus acciones Plinio entonces le preguntó al Emperador si podía mostrar clemencia con respecto a la edad, y si podía tratar como crimen el llevar el nombre de Cristiano, a lo cual Trajano contestó:

Has adoptado el curso correcto, mi amigo, con respecto a los Cristianos; pues ninguna regla universal, que vaya a aplicarse en todos los casos, pueda ser dejada de lado en este asunto. No debiesen ser buscados; pero cuando sean acusados y convictos, debiesen ser castigados; pero, si alguno negase haber sido Cristiano, y lo comprueba por la acción, a saber, adorando a nuestros dioses, ha de ser perdonado por su

arrepentimiento.²

Esta decisión tuvo el efecto de convertir la profesión del Cristianismo en un crimen capital y este fue declarado una religión ilegal.

Entre los mártires durante este período estuvieron Simeón, el obispo de Jerusalén de 120 años de edad, e Ignacio de Antioquia. El venerable obispo fue crucificado. Ignacio fue procesado ante el Emperador y amenazado con la ejecución si se rehusaba a ofrecer sacrificio a los dioses. Él se rehusó y Trajano lo condenó a ser lanzado a los leones en la arena. Fue el 20 de Diciembre del 107 d.C., según leemos, que fue lanzado a las bestias en el anfiteatro.

El cuarto período de intensa persecución llegó bajo el Emperador Marco Aurelio quien, para su generación, era justo y amable, aunque no tenía simpatía con el Cristianismo y lo consideraba como una superstición absurda y fanática. Lamentablemente, durante su reinado hubo una cantidad de calamidades públicas por las cuales el populacho culpó a los Cristianos. Si el Tíber se desbordaba, o si el Nilo no se desbordaba, se levantaba un clamor, “Los Cristianos a los leones.”

El ser echados a los leones era una muerte relativamente benigna para las víctimas. Comparadas con esa lúgubre suerte, algunas torturas eran demasiado horribles como para ser descritas. Sabemos que muchos perecieron en el aire sofocante de las nauseabundas mazmorras; muchos vieron sus miembros inferiores dislocados en el cepo; a algunos se les hizo sentarse en una silla de hierro calentada o se les pusieron platos calientes de hierro sobre las partes más sensibles de sus cuerpos.

Entre los miles que sufrieron durante este tiempo se encontraba Blandina, una esclava. Afligida por una horrible sucesión de tormentos mientras se le pedía con insistencia que se arrepintiera y que reconociera que los Cristianos eran culpables de canibalismo y de prácticas incestuosas, ella contestó, “Soy una Cristiana, y ninguna maldad se practica entre nosotros.”³ Entonces fue colgada de una estaca donde oró por otros que estaban siendo devorados por animales salvajes ante sus mismos ojos. Después fue atormentada aún más y luego colocada en una silla de hierro caliente. Cuando esto falló como medio para producir su “arrepentimiento,” fue envuelta en una red y lanzada a los toros. Fue lanzada de un lado a otro por los cuernos de los toros hasta que un bárbaro más “misericordioso” puso fin a su miseria clavándole una espada.

Bajo Séptimo Severo, quien reinó del 193 al 211 d.C., se proclamó una rígida ley en contra de la propagación del Cristianismo lo que ocasionó la quinta oleada de persecuciones, particularmente en Egipto y el Norte de África. Entre aquellos mártires estaba Perpetua, una mujer joven de noble cuna, quien fue encarcelada poco después de haber dado a luz a un niño. Su padre pagano le rogaba que se retractara y afirmaba que él y el niño serían también perseguidos y torturados debido a la devoción de ella hacia Cristo. Él le rogó, “Hija, ten piedad de mis cabellos grises. No traigas tal vergüenza sobre tu padre. Mira que tu hijo no puede vivir sin tus cuidados.” A esto el juez añadió sus súplicas, rogándole “tener misericordia de los cabellos grises de tu padre y de la tierna edad de tu bebé. ¡Ofrece sacrificio al emperador!” A esto Perpetua únicamente respondió, “Soy una Cristiana,” después de lo

² Philip Shaff, *op. cit.*, pp. 46-47.

³ Eusebio, *Historia Eclesiástica*, V. 1.

cual fue lanzada ante las bestias salvajes y luego ejecutada.⁴

La sexta persecución llegó bajo el reinado de tres años de Máximo el Traciano (235 – 238 d.C.). Su motivo aparente fue la de revertir la política de sus predecesores, Alejandro Severo, quien se había inclinado a apoyar a los Cristianos. Su primer paso fue ordenar que todos los obispos fuesen asesinados. Al mismo tiempo la furia popular fue excitada por un terremoto, por el cual, claro está, los Cristianos fueron culpados, y a la gente se le permitió expresar su venganza contra ellos.

La siguiente persecución sobrepasó a todas las precedentes en extensión y crueldad. El Emperador Decio Trajano, durante su reinado (249 – 251 d.C.), tomó la determinación de aniquilar la Iglesia y publicó un edicto a todos los gobernadores de las provincias, ordenando el regreso de toda la gente a la religión pagana del estado, bajo las penalidades más fuertes en el caso que esto no se cumpliera. Pues, a pesar de las persecuciones, el Cristianismo había crecido en tal grado que ahora se le consideraba una amenaza para el Estado.

La confiscación, el exilio, el encarcelamiento y la tortura eran usados para impulsar a los Cristianos a sacrificar a los dioses paganos e injuriar a Cristo. Muchos Cristianos nominales se rendían ante estas presiones y apostataban, pero miles más permanecían firmes para Jesucristo y se ganaban la corona de mártires. Especialmente los obispos y otros líderes de la iglesia sintieron la furia de los paganos durante esta ola de horrores, pero aún los Cristianos encarcelados en Roma pudieron escribirles a sus hermanos en África:

Qué destino más glorioso y bendecido puede venir sobre el hombre por la gracia de Dios, que confesar a Dios el Señor en medio de las torturas y frente a la muerte misma; confesar a Cristo el Hijo de Dios con el cuerpo lacerado y el espíritu a punto de partir, y aún así, libres.⁵

El Emperador Valerio, quien reinó del 253 al 260 d.C., trató métodos más suaves para suprimir el crecimiento del Cristianismo, contentándose con la confiscación de la propiedad, el exilio de Cristianos prominentes y la prohibición de las asambleas religiosas. Pero cuando las medidas más leves fallaron ordenó la ejecución de todo el clero y de los laicos de alto rango quienes no renunciaron a su fe. Entre los más famosos de esta nueva cosecha de mártires estaba Cipriano de Cartago, cuyo proceso ante el procónsul Romano estableció un nuevo récord de velocidad para tales procesos. Al preguntársele “¿Eres tú Tascio Cipriano, el obispo de tantos hombres impíos?” y al decirsele que, “El más sagrado emperador te ordena presentar sacrificio,” Cipriano simplemente contestó, “No sacrificaré.” “Considéralo bien,” le advirtió el procónsul. “Ejecuta tus órdenes,” respondió Cipriano, “el caso no admite consideraciones.”

La sentencia resultante revela las bases sobre las cuales los paganos condenaban a los seguidores de Cristo; ciertamente que las lacónicas declaraciones que allí se hallan dejan poco a la imaginación. Dice:

Tascio Cipriano, has vivido por mucho tiempo en la impiedad, y has reunido a tu alrededor a muchos hombres involucrados en la misma conspiración malvada. Te

4 Theod. Ruinart, *Acta Primorum Martyrum*, p. 82.

5 Philip Shaff, *Historia de la Iglesia Cristiana*, vol. II, p. 61.

has mostrado igualmente como un enemigo de los dioses y de las leyes del imperio; los emperadores piadosos y sagrados en vano se han esforzado recordándote la adoración a tus ancestros. Entonces, puesto que has sido el principal autor y líder de estas prácticas culposas, serás un ejemplo para aquellos a quienes has engañado en tus ilícitas asambleas. Debes expiar tu crimen con tu sangre.⁶

Cipriano respondió, “A Dios, gracias, “ acto seguido fue llevado aprisa a un campo cercano, y fue decapitado.

La persecución Valeriana fue seguida por un período de cuarenta años de paz, excepto por el reinado de cinco años de Aureliano (270 – 275 d.C.), quien estaba ocupado con campañas militares y tenía poco tiempo para atender los intereses religiosos del Imperio. Pero hacia el fin de su reinado proclamó un edicto de persecución, y un extenso baño de sangre fue impedido únicamente por su asesinato. Luego siguió una rápida sucesión de nueve emperadores quienes, en su mayor parte, dejaron a los Cristianos en paz.

Durante aquella temporada de paz la Iglesia creció en cantidad y prosperidad. Los edificios de las iglesias no podían aumentar al ritmo de la cantidad de convertidos. Los Cristianos ya no rehusaban los puestos oficiales en el gobierno puesto que fueron eximidos del sacrificio tradicional a los dioses paganos. Aún aquellos cercanos al Emperador Diocleciano (284 – 305 d.C.), incluyendo a su esposa Prisca y a su hija Valeria, se hallaban entre los convertidos. Sin embargo, el largo período de paz produjo un relajamiento de la moralidad y la mundanidad invadió la Iglesia, la cual se hallaba llena de contiendas que algunas veces condujeron a la violencia abierta. Pero todo esto iba a ser purgado por la última y más violenta persecución del Imperio Romano.

En el año 303 d.C., repentinamente el Emperador Diocleciano promulgó una serie de edictos cuyo propósito era destruir completamente al Cristianismo. Por medio de estos edictos todas las asambleas Cristianas fueron prohibidas; todas las iglesias habían de ser demolidas; todas las copias de las Escrituras debían ser quemadas; todos los Cristianos que ostentaran algún rango o posición oficial debían ser degradados; todos habían de perder su ciudadanía y probablemente fuesen torturados. Eusebio, el historiador, nos informa que los verdugos se cansaron de la matanza y que sus espadas perdieron el filo y se partieron en pedazos. Incluso las bestias salvajes llegaron a saciarse de la carne y sangre de los mártires y que por último se rehusaban a atacar a sus víctimas. Aunque hubo aquellos que, por temor a estos edictos, apostataron de la fe, no obstante, a medida que la persecución crecía en intensidad y violencia, la fidelidad de los Cristianos aumentó y los mártires cantaban himnos de alabanza y de acción de gracias a Dios, incluso hasta el momento de su último aliento.

Diocleciano se retiró de la vida pública en el año 305 d.C., pero la persecución que había inaugurado continuó bramando con fiereza en Oriente bajo Galerio y Máximo Daza. Sin embargo, el baño de sangre fracasó en lograr su propósito y finalmente la gente se cansó de la incesante matanza. Galerio, mientras moría de una repugnante enfermedad, proclamó un edicto de tolerancia, en el que intentaba justificar las sangrientas represalias.

Hemos deseado, hasta este momento, regularlo todo de acuerdo a las leyes antiguas y a la disciplina pública de los Romanos, y en particular facilitar que incluso los

⁶ Pontius, *Vita Cypriani*, 14, 15.

Cristianos, quienes han abandonado la religión de sus padres, puedan retornar a un mejor espíritu (pensamiento)... Pero nosotros, en el ejercicio de nuestra más tierna clemencia, y de acuerdo a nuestra incesante costumbre de extender el perdón y la indulgencia a todos los hombres, hemos llegado a la conclusión de que la más franca y abierta tolerancia debiese extenderse también a ellos, para efecto de que puedan ahora, una vez más, recibir el reconocimiento de que se les permita ser Cristianos, y reunirse en sus sociedades – siempre y cuando, sin embargo, no lleven a cabo ninguna acción contra la religión del Estado.⁷

De este modo el gran dragón escarlata confesaba su derrota; el Cordero era victorioso. La Cruz había probado ser más poderosa que la espada. Una victoria incluso mayor estaba próxima, más que la mera tolerancia, pero con el edicto de Galerio concluyó el período de persecuciones en el Imperio Romano.

Victorias del Reino

Durante los tres siglos de persecución, la Iglesia le demostró al Estado que la fuerza espiritual es más poderosa y duradera que la fuerza física. El Reino de Cristo no puede ser destruido por las armas materiales. El poder carnal nunca puede derrotar al poder moral.

Además, la Iglesia demostró que no tenía que recurrir al poder físico para establecerse a sí misma o a la justicia sobre la tierra. Bajo las más adversas circunstancias la Iglesia influenciaría la vida de un imperio pagano permaneciendo fiel a la predicación del Evangelio revelado. La Iglesia recurrió a la enseñanza y a la predicación en lugar de usar el brazo del Estado para establecer la religión y la justicia.

Los déspotas aprendieron que no podían controlar o gobernar la conciencia Cristiana. Las cosas de Dios no podían ser controladas por el César.

Los primeros Cristianos pelearon la batalla no solamente en busca de independencia espiritual sino también de libertad civil. El mundo antiguo estaba basado en el absolutismo del Estado que pisoteaba bajo sus pies los derechos individuales de los hombres. Desdichadamente, la guerra por los derechos de los individuos no fue ganada con la terrible batalla de los primeros tres siglos; todavía debían pelearse futuras batallas. Pero, a la vanguardia por la libertad civil se encuentra la Iglesia. Las victorias de la Iglesia, inevitablemente, como la historia lo muestra, conducen a la libertad para todos los hombres e instituciones.

⁷ Lactancio, *De Morte Persecutorum*, XXXIV.